

CARTA ABIERTA

Querido Carlos: Me pides unas notas sobre don Félix, que ayuden a precisar mejor, y desde dentro, su perfil humano.

Vaya por delante, ante todo, nuestro entrañable y profundo reconocimiento por vuestro gesto y por tu recuerdo.

Obviamente, es difícil para un hijo resistir esta tentación de reflexionar, públicamente, sobre la imagen de su padre.

Entiendo, sin embargo, que lo que pides, a través de esta caracterización de su estructura psicológica íntima, es algo que pueda tener valor para los demás también y, por ello, quizás, algo que pueda ser significativo o aclaratorio en relación con la proyección pública de su figura, o arroje luz sobre la dinámica de su actuación como empresario.

Como yo también, Carlos amigo, sobre hijo, soy empresario, y para bien o para mal con no pocos años de ejercicio, esta reflexión sobre el núcleo psicológico íntimo suyo es, forzosamente, una reflexión desde mi propia condición como empresario. Creo, muy sinceramente, que, en las presentes circunstancias españolas, esta reflexión dialéctica entre generaciones, sobre saludable, puede tener mucha más miga de lo que parece.

Tengo para mí, en efecto, que en estos próximos y críticos años que nos toca vivir en España, y por lo que al mundo económico empresarial se refiere, se va a jugar bastante decisivamente, el enrolarnos, aunque modestamente, en la lista de los países capaces de andar solos, o integrar, para mucho tiempo ya, la lista interminable de los necesitados de tutela, y ello, en no poca medida, va a estar condicionado por el empuje del mecanismo empresarial como un todo y, por ende, por las motivaciones psicológicas que lo alimentan.

Por ello acotar, sobre un ejemplo, el problema puede ser, ciertamente, oportuno.

Si, pues, en función de esto, tengo ahora que reflexionar sobre mi padre, en tanto que empresario, seguiré, muy a gusto, la vieja vía griega de la admiración como fuente primaria de conocimiento, y por ello procuraré decirte simplemente lo que, a lo largo de todos estos años y de forma creciente, ha sido para mí motivo siempre de permanente asombro y admiración, quizás, precisamente, por su distancia profunda con la problemática y el funcionamiento de nuestra generación propia.

Yendo derecho al asunto, te señalaré tres venas íntimas que fluían en su dinamismo último y que, quizás, sólo sean tres aspectos de la misma fuente: Ingenuidad sin trampa, una enorme capacidad de encantamiento y su tremendo respeto y apoyo al valor de otras personas.

Quiero que entiendas que esto de la ingenuidad intenta caracterizar, rigurosamente, su conducta profesional y no una caracterización banal de su estructura personal.

En esto de la psicología profunda del mundo empresarial, Carlos amigo, hay mucha opinión equivocada y mucha superficialidad y ligereza premeditadas.

En la Facultad de Economía, en la que intentaron sabiamente modelarme, tuve yo que aprender y defender, con excelente nota, que lo que mueve al empresario es el afán de lucro. El equilibrio general del sistema y las curvas que reflejaban su análisis, sólo se ajustaba si éste seguía fielmente este pequeño dogma de la obtención del máximo lucro.

Hoy día, la Teoría Económica está corrigiendo, a marchas forzadas, esta simplificada y absurda esquematización del complejo mundo empresarial, y acercándose, cada vez más profundamente, a través de estudios sociológicos sobre sus motivaciones reales, a una comprensión real de su conducta auténtica como parte de un sistema.

Ningún auténtico creador, sea grande o pequeño, que yo conozca o haya estudiado, se mueve nunca por el afán de lucro. Lo de ser empresario, a mi modo de entender Carlos, tiene mucho que ver con el oficio de artista.

Las cualidades fundamentales requeridas son la imaginación y el esfuerzo y el empresario se mueve únicamente por vocaciones concretas.

Lo que quiere, y con fuerza, son estas cosas concretas, largamente imaginadas o intuitas primero, y realizadas, con riesgo y esfuerzo, después.

En esto, ciertamente, no nos diferenciamos la generación de don Félix y la nuestra. La diferencia estriba, fundamentalmente, en la diferente tensión psicológica con que abordamos el problema.

Cuando te he hablado de ingenuidad sin trampa, he querido caracterizar una manera de producirse muy concreta y determinada.

Don Félix actuaba siempre y en las circunstancias tremendamente difíciles que le tocó vivir, con una libertad personal y profunda, atendiendo sólo a su propia resonancia interior. Lo que le movía era sólo lo que venía de dentro. El mundo exterior, con todos sus condicionamientos que deberían trabar e influir por dentro su quehacer, se le presentaba, muy simplemente, como una resistencia a vencer, como algo que se oponía, desde fuera, a su energía creadora.

Su mundo interior era muy profundo y verdadero. Creía en el catecismo del Padre Astete que le enseñaron de niño y toda su vida rezó, sin variación ninguna y por su orden, las oraciones que le enseñó su madre de pequeño.

Creía también, sin resquicio alguno, en el trabajo.

En este terreno, salvo la de pescar truchas y la de sacar de las piedras de Sotés los excelentes caldos del Señorío de Sarría, yo no le he conocido nunca a don Félix otra afición que no fuese la de trabajar hasta la última gota.

Yo le llamo por ello ingenuidad, precisamente a esta sorprendente y difícil posibilidad de actuar siempre como se es, entero por dentro, sin trampa ni cartón, y sin estar condicionado por ninguna cosa que no sea el propio fluir interior.

Exactamente así lo define la Real Academia. Ingenuo: real, sincero, candoroso, sin doblez.

En el fondo, lo que pasa es que era un gran soñador y un romántico y, por ende, también, un pájaro solitario.

Las condiciones, querido Carlos, del pájaro solitario, según me señaló José Antonio Coderch en los escritos de San Juan de la Cruz, son cinco. A saber:

- La primera, que se va a lo más alto;
- la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza;
- la tercera, que levanta el pico al aire;
- la cuarta, que no tiene determinado color;
- la quinta, que canta suavemente.

Por contra, en este núcleo psicológico íntimo, nuestra generación desencantada tiene muy otra tesitura en todo esto.

Ahora ya somos todos muy universitarios y en vez de ingenuidad lo que tenemos es, parece, gran capacidad crítica.

El corazón del asunto está en que, por mor de la complejidad creciente y del dinamismo irreversible de la moderna economía industrial, en nuestro ejercicio diario del quehacer de empresarios, nuestras íntimas reacciones, al revés que en nuestros padres, están en estrecha interdependencia con el funcionamiento del sistema como un todo. Y se decide cada día, en función de esta interdependencia.

La consecuencia final de esto es que, para que el mecanismo empresarial funcione y se lance a fondo, tiene que contar, como base, con la coherencia total del sistema en conjunto. Coherencia y claridad de ideas van a ser, te lo aseguro, dos premisas básicas para que la economía industrial española funcione al máximo en los próximos años.

Ciertamente, esta necesidad absoluta contrasta fuertemente, con la realidad socio-económica actual, en la que, a decir verdad, lo que impera es precisamente la incoherencia y la confusión.

La cosa está pasando ya de castaño oscuro, y hasta en el terreno de la religión, por ejemplo, que era antes el armazón básico que estructuraba la realidad social de nuestro país, nuestra capacidad crítica, hoy día, tiene que ejercitarse muy deprisa ya que, según el cura que te hable, no sabes bien si hay que creer en Dios o está ya pasado de moda, y en el campo político, si escuchas a las élites llamadas a estructurar el futuro de España, te sorprendes grandemente de la disparidad total de soluciones propugnadas y de la falta de profundidad y coherencia entre fines queridos y medios para realizarlos.

Por lo que a nuestro campo respecta, el tema grave es que, en la mayoría de esas élites, todavía el problema de una mayor justicia social en una economía industrial desarrollada como la española, se confunde lastimosamente, en el campo ideológico y en el de los medios de realizarla, con un planteamiento confuso y sentimental de lucha entre ricos y pobres, cosa, a la verdad, más propia de la mentalidad económica del siglo XIX.

Habrás que confiar en que éstos son males de juventud y que el tiempo afinará, rápidamente, el pensamiento de estas élites.

En cualquier caso, desde nuestro punto de vista de empresarios, el problema lo contemplamos con gran aprensión, porque lo que marcan los tiempos es que se podrá elegir un sistema político u otro. Pero si se elige un sistema basado en el libre juego de la libertad individual y de la iniciativa privada, hace falta una gran claridad de ideas y una gran coherencia para que el sistema empresarial funcione con éxito.

Me temo que esto sólo se conseguirá si, sorprendentemente, los españoles (y sobre todo las élites dirigentes) no ejercitamos la sencilla virtud de hablar sólo de lo que cada uno sabe, y poco, y la de respetar, con seriedad, la función de los otros en el complejo social.

En cuanto a la capacidad de encantamiento de don Félix de que también te hablaba, puedo ilustrártela toda con una anécdota final de la que huelga todo comentario, porque se comenta por sí sola.

Habíamos imaginado los hijos buscar algo que pudiese, al acabar su mandato como Vicepresidente de la Diputación Foral, ocuparle y encauzar sus energías, pero que lo separase radicalmente, del abrumador trabajo diario tal como él lo entendía.

Le habíamos sugerido que sería muy hermoso, al acabar con su puesto oficial, seguir ocupándose de Navarra y dedicar sus energías a la tarea de, mediante concursos o en colaboración directa, trabajar en el embellecimiento de los pueblos y monumentos históricos de Navarra, a través del Urbanismo y el Paisaje.

La idea le caló hondo y, a los siete días de estar en la Clínica donde le atendieron de su primer proceso ligero de hemorragia cerebral, cuando yo fui a verlo para despedirme camino de Madrid, me sacó al balcón de su estancia, desde el que se contemplaba un soberbio paisaje de nuestra tierra, y me describió, con un amoroso cuidado y con una pasión profunda y desbordada, los planes que ya había elaborado para concretar en obras nuestra incipiente idea.

Puedo confesarte Carlos, con nostalgia todavía, que aquello me dejó clavado en el balcón.

A sus 74 años y sabiendo, como sabía, la gravedad de su proceso, me habló con la misma ilusión y entusiasmo, con la misma energía y esperanza con la que, sin duda, maduraría, a sus 25 o 30 años, la creación de la futura Huarte y Malumbres.

Es esta capacidad sorprendente de encantamiento, tan escondida, por desgracia, hoy para nosotros, la que explica profundamente el fecundo despliegue de su energía en obras tan distintas como las que le ilusionaron en su vida y consiguió, con esfuerzo, realizar.

Finalmente, Carlos, me referiré a su profundo respeto y apoyo al valor de los demás.

Esto, quizás, le fuese dado porque él partió de cero y vivió fuertemente la dificultad de afirmar su valor propio.

En cualquier caso, esta característica psicológica profunda es la que explica el nacimiento y el estilo del Grupo H.

Huarte no es hoy una empresa de construcción, sino un grupo industrial con cuarenta y cinco empresas y cerca de 15.000 colaboradores, operando en sectores tan diversos como la mecánica de precisión para automóvil, la transformación siderúrgica, el papel y el embalaje, el comercio exterior o la alimentación.

Esto sólo ha sido posible por esta capacidad de colaborar y potenciar el valor de hombres muy diversos, y esto explica, también, el que la colaboración del Grupo, siguiendo el estilo de su creador, en campos no industriales como los de las Artes Plásticas, la Arquitectura, la Música, etc., se base en este apoyo profundo y sostenido a personalidades concretas, apoyo que les permita desplegar y potenciar su obra y su personalidad propia.

Para terminar, querido Carlos, sólo una cosa. Si yo he escrito estas líneas, ha sido solamente porque, a través de mi padre, he querido rendir, aunque modesto, un directo homenaje a la generación en que él se enclavó.

Tú perteneces, por derecho propio y por el noble ejercicio de tu función, a esa generación, romántica y fecunda, generación de acero que ha puesto a España de pie y al borde de su madurez.

Hay que contemplarlo sobre datos escuetos: España, los años 40 con los datos de con los que yo entiendo la realidad, era una cosa muy seria. Su renta por habitante, era, aproximadamente, la que hoy corresponde a países como Colombia, Persia, Perú o Zambia. El consumo de carne, por ejemplo, de España en el 40, era similar al actual de países como Egipto, Marruecos, Siria o Turquía. Y el consumo de azúcar, comparable al actual de Pakistán o La India.

Hoy España ocupa, en cuanto a Producto Nacional Bruto, el décimo lugar en los países de Occidente y el 13 ó 14, en términos absolutos, si englobamos los países del Este también.

Este increíble y heroico esfuerzo de vuestra generación, despierta, contemplado desde nuestra problemática actual, nuestra admiración y nuestro asombro. Pero aún más lo despierta el estilo con el que habéis descrito esta trayectoria.

Y en cuanto a este estilo, y volviendo a la ingenuidad sin trampa de don Félix, como una de las claves de su personalidad y de su obra, quizás el secreto esté en la segunda acepción de la palabra ingenuo y esta vez la Academia da, con fuerza, en el clavo.

Ingenuo: "Que nació libre y no ha perdido su libertad".

Un abrazo, Carlos.

Juan HUARTE